

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30
CTS



AILEN PRINGLE
RALPH INCE

EDICIONES BISTAGNE

**UNA MUJER EN
WALL STREET**



UNA MUJER EN WALL STREET



NEILL, Roy William

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año II Francisco-María Bistagne Núm. 45

Wall Street, 1929

**Una mujer
en Wall Street**

Magnífica comedia dramática, interpre-
tada por Aileen Pringle, Ralph Ince y
en colaboración con otros destacados
artistas y Jam de
Grosse

Producción sonora Columbia

Exclusiva de

Renacimiento Films

Barcelona: Aragón, 219

Madrid: San Marcos, 42

POSTAL-REGALO: KAY JOHNSON

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Sp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Una mujer en Wall Street

Argumento de la película

Wall Street, ese monstruo insaciable que devora incansablemente hombres y dinero, tenía desde hacía cosa de un año un nuevo rey a quien adorar; mejor dicho, un nuevo amo a quien obedecer y a cuyo más leve designio oscilaba ese débil barómetro de la cotización. Era natural que los magnates de la Bolsa neoyorquina no quisieran entregar su omnimodo poder a manos de un advenedizo, desconocido

ayer, y que ahora les imponía su voluntad de un modo imposible de resistir.

Roller McKray, el nuevo ídolo de ese mundo agitado y veleidoso de las cotizaciones, gozaba disfrutando ahora de un poder que durante mucho tiempo ambicionara.

De humilde cuna y verdadero genio de los negocios, gustaba de refregar ante las narices de sus contrincantes el hecho de que él, antes un don Nadie, pudiera ahora codearse con ellos y lo que era mayor, hacerles temblar y robarles buen número de horas de sueño.

Rudo y más bien mal educado que caballero, había hecho ley de su vida esta máxima que aplicaba tan bien y cuando era oportuno: "Para el amigo todas las gentilezas... pero al enemigo hay que aplastarle sin piedad."

Y esto mejor que nadie podían juzgarlo dos personas de entre las muchas que le trataban: Savage, su amigo incondicional y más fiel colaborador y Tabor, la cabeza de una poderosa entidad rival de la que McKray dirigía.

Savage conocía solamente la parte correspondiente al amigo... Tabor, justamente el día en que empieza nuestro relato, comenzaba a saborear las desagradables hieles a que equivalía la otra mitad de la máxima.

Roller McKray estaba aquella tarde al cerrarse la Bolsa, verdaderamente satisfecho. Savage se lo conocía en la manera ampulosa que empleaba para hablar.

—Esta vez he asestado un buen golpe a Tabor—declaró finalmente Roller—. ¡Ah, amigo mío! ¡Qué dulce es el placer de la venganza!

Savage sonreía.

El, mejor que nadie, comprendía al gran financiero. Sabía que era un corazón de oro bajo su corteza de hombre mal educado. Sabía, también, que aparte de aquellas pequeñas satisfacciones dadas a su amor propio, no había nadie mejor que Roller McKray. Y no ignoraba, asimismo, que éste no perdonaba jamás una ofensa.

Por esto era tan grande la satisfacción de Roller aquella tarde. Su éxito de aho-

ra le recordaba otra época amarga, en que los papeles estaban invertidos. El, McKray, estaba en el platillo bajo de la balanza, mientras que la importante firma que presidía Tabor, se encontraba en lo alto. Y a fe que si no se hundió no fué gracias a Tabor y los suyos. Que éstos bien hicieron por empujarle al abismo... Mas él había salido como pudo del mal paso y la jugada que realizara hoy le devolvía la ocasión para tomar cumplida revancha. Y Roller iba a tomarla. ¡Por Dios que sí! Lo del día de hoy no era nada en comparación con lo que iba a efectuar al siguiente. Hundiría a Tabor, pero de veras que lo hundiría. ¡Esta vez estaba bien cogido!

—¿Y qué piensa usted hacer?—le preguntó finalmente Savage, interrumpiendo a su amigo y jefe en aquellas cavilaciones.

—¿Cuándo?

—Ahora. Esta noche.

—Celebrarlo. Divertirme. Y usted conmigo, Savage. ¿Hizo lo que le dije?

—Sí, señor. Está encargada la mesa y las muchachas.

—Entonces, dejemos los negocios...— declaró Roller, entrando en el tocador que tenía junto a su oficina—. Pensemos en esta noche...

Y Savage, que aun se hallaba arreglando los papeles de encima la mesa, le oyó terminar:

—Veremos qué cara ponen Tabor y los suyos... Porque, irán allí, ¿no?

* * *

Sí, Tabor estaba allí, en el restaurante de moda.

A pesar de que se esforzaba en prestar atención a lo que le decía su mujer—la rubia Anne—, lo cierto es que Tabor no podía apartar los ojos de la lujosa mesa donde Roller, en compañía de Sa-

vage y algunos amigos, se divertía con algunas muchachas.

Tabor no estaba acostumbrado a verse en la situación en que se hallaba ahora. De vencido a merced de su vencedor. Porque no se hacía ilusiones. No le cabía duda de que McKray iba a completar lo comenzado aquella tarde. Si hubiera sido otro el triunfador, se le hubiera acercado a pedirle clemencia, pero a aquel advenedizo, ¡jamás!... ¡Oh, recordaba lo de otros tiempos, cuando él quería aplastarle! ¡Y no pudo! Esta era la verdad. ¡No pudo! El advenedizo se le había escurrido de entre los dedos y ahora venía dispuesto a tomar la revancha.

—No te preocupes ahora, muchacho.

Había sido su compañero y amigo, Jack, quien le hablara. El lo sabía todo, puesto que ambos lucharon como locos para contener aquella jugada que les sumergía en la ruina. Y Jack sabía disimular mejor que Tabor...

Una carcajada homérica distrajo a Anne de la charla que sostenía con otra invitada. Y sus bellos ojos negros fueron a

posarse en quien produjera aquel escándalo. No le conocía. Pero instintivamente, advirtió que la repelían aquellos ojos acorados del hombre y que estaban fijos en ella. Anne se sentía molesta cuando era mirada fijamente y mucho más en aquella ocasión en que le pareció que el que la miraba, lo hacía como si tuviera algún derecho para recrearse en su persona.

Curiosa, preguntó:

—Oye, querido... ¿Quién es ese patán?

Tabor respondió incisivo:

—Roller McKray.

No había mirado a su mujer ni por lo tanto sabido a quién podía referirse. Pero Tabor había adivinado. Además, Roller era en aquellos momentos su única obsesión.

Tampoco a él se le había escapado el descaro de su enemigo en contemplar a su mujer. Y como le conocía y le sabía audaz, adivinó lo que iba a ocurrir.

Y llevado por su idea, incapaz de recapacitar en lo que iba a pedir, rogó:

—Anne, si viene, muéstrate amable con él.

Y como ella le contemplara asombrada, explicó como justificante:

—Tiene mi suerte en sus manos. Hazlo. Te lo ruego.

El aviso llegó a tiempo, porque Roller McKray, desoyendo los apartes de Savage, se acercaba ya a la mesa de su enemigo. Roller era así. Le había gustado la mujer de Talbor y quería tratarla, sabedor de que en el marido no iba a encontrar obstáculo alguno. De las conveniencias sociales y demás zarandajas—como él decía—no se preocupaba.

Hacia Talbor experimentaba un soberano desprecio. Le sabía ruin y capaz de todo con tal de no verse aplastado. Por esto quería conocer como era posible que se hallara unido a una mujer como la que tenía al lado que—estaba seguro—era una mujer de valía.

Quizá su proceder no era de lo más caballeresco, pero hay que tener en cuenta que el financiero había subido por su propio impulso y desde muy joven había estado luchando, recorriendo toda la escala social. Por esto ignoraba que hay cosas

que deben obstaculizar los deseos de un "yo" absolutista. Y que las mujeres no han de tratarse como los hombres: con rudeza y a empuellones.

Sonriente, alargó la mano abatemorizado Tabor, e hizo como que no se daba cuenta de Jack. Sus ojos estaban fijos en ella, en Anne.

Y ya desde entonces, Tabor dejó de existir para Roller. Nunca le había pasado cosa semejante al rudo financiero. Aquella mujer, tan distinta de las demás—tan señora, según su ruda expresión—le absorbía, le cautivaba. Pero el ambiente hostil de todos cuantos le rodeaban, molestábale. Y propuso:

—¿Verdad que me harán el honor de venir a mi mesa?

Lo había dicho en plural, pero dirigiéndose solamente a Anne. Le tenía completamente sin cuidado que los demás vinieran o no. Además sabía que le obedecerían. Porque sólo ella podía tomar sus palabras como un ruego; para los demás era una orden.

Y fueron todos. Los comensales de Mc

Kray se hallaban entregados a los placeres de la danza.

Anne Tabor se hallaba sentada al lado de Roller, a su izquierda. A la derecha tenía a Tabor, pero no le prestaba atención. Savage iba a cuidar de todos.

Anne, por su parte, se divertía teniendo a su lado a aquella especie de asno cargado de oro. Anne lo menospreciaba. Y con más o menos ironía se burlaba de él.

Roller podría no ser muy bien educado, pero no tenía nada de tonto. No se le escapaba que era tomado en burla por aquella mujer, pero es que la mujer de Tabor le gustaba.

Mientras Anne prestaba atención a otro comensal, Roller la analizó una vez más. Y se reafirmó en su convencimiento de antes. Era demasiado señora para Tabor. A este le dirigió una mirada despreciativa, comparándole con sí mismo.

Y para poner en evidencia lo distintos que eran él y su esposo, dijo al tiempo que se llevaba la izquierda a su nervado brazo derecho:

—Yo soy muy fuerte, señora Tabor...

—¿De veras?—preguntó ella, burlona adivinando lo que él quería dar a entender.

—Sí. Y mi vida es curiosa de relatar.



—Yo soy muy fuerte, señora Tabor...

Pero ya Anne no le escuchaba. Otra vez el comensal inoportuno, habíase interpuesto en su conversación.

—Ya supongo—continuó, cuando ella

volvióle a prestar atención—que esa vida tan curiosa no le debe interesar...

Si McKray insistía tanto en hacer el relato era llevado por su deseo de humillar a Tabor, que apenas podía contener su nerviosidad, y también—seamos fieles a la verdad—por su deseo de hacerse valer a los ojos de la esposa de su enemigo.

Anne ya comenzaba a fastidiarse. Verdadera flor de invernadero, gustaba de ser tratada con gran delicadeza y la charla de aquel hombre rudo la molestaba. Ella ignoraba de la vida de los luchadores y no comprendía—interpretándolo mal, además—el afán de Roller por hacerle saber que si era un triunfador ahora a él mismo se lo debía y que no lo consiguiera sino tras infinitos días de incesante batalla.

—Si—dijo queriendo ya burlarse de su interlocutor—. ¿Por qué no? Su biografía debe ser curiosa...

Roller McKray se molestó. Era rudo, por descontado. Pero es que además no consentía que nadie se burlara de lo que él consideraba tan digno de orgullo como

el solo hecho de que una persona naciera en un palacio, en lugar de hacerlo en una covacha de un suburbio neoyorquino como a él le sucediera.

Y quiso anonadar a su orgullosa interlocutora:

—Es posible—dijo—que usted me venza en una batalla de ironías... Pero quisiera saber si sería lo mismo en una batalla de Bolsa...

Y el resultado fue por completo distinto al que esperara.

Anne se puso en pie, con brusquedad:

—¿Es usted un gran impertinente, señor mío!—declaró—. No quiero continuar rebajándome permaneciendo en su mesa.

Y Roller hubo de tragar la ofensa que aquella mujer orgullosa le hacía, abandonándole—¡a él que podía destrozarla junto con su marido!—y la contempló mientras se marchaba con más arrogancia que una reina ofendida. En medio de todo, aun le gustaba Anne Tabor. Era indudablemente superior a su marido. ¡Su marido! ¡Bah!

—Tú tienes la culpa, Roller—saltó en-

tonces una de las muchachas invitadas por él y que se viera pospuesta por la señora de Tabor—. ¡Por invitar a mujeres como esa!

Aquí Roller se volvió como una fiera.

—¡No la compares con vosotras!—dijo—. ¡Ella es una señora!

Se había agitado la fiesta. Hizo una seña a Savage para que viniera con él y lanzando un puñado de billetes a la mesa, declaró dirigiéndose a las chicas:

—Tomad: vuestra paga.

Ya junto a la puerta del cabaret, Roller se franqueó con su amigo:

—¡Oiga, Savage! La mujer de Tabor se ha reído de mí. Mañana voy a hundir a su marido. ¿Cree usted que también se reirá?

Savage movió la cabeza antes de contestar. Puso una mano en el brazo de su jefe y afirmó:

—No sé, McKray. La señora Tabor es una de esas mujeres cuyo orgullo no se rebaja nunca.

Pero Roller ya no le escuchaba. Mor-

disqueaba su puro—un habano enorme—inconscientemente.

De seguro que ya en su cabeza se forjaba el golpe definitivo que iba a hundir a Tabor y los que le seguían.

* * *

—Me parece, Savage, que a Tabor debe saberle mal a estas horas que su mujer se riera anoche de mí.

Y así diciendo, Roller McKray se frotaba una contra otra sus anchas manos.

Savage no contestó.

No le gustaba aquella jugada de su jefe. Porque estaba seguro que Roller obraba más por desco de aplastar el orgullo de la señora Tabor que por el de hundir a su marido. Y aquello no le gustaba a Savage.

Un rumor violento ante la puerta del despacho particular de McKray cortó las palabras que iban a salir de los labios de éste.

Y antes que él o Savage, que se hallaban junto al cuarto de ascó, pudieran moverse, la puerta del despacho se abrió y apareció Tabor en persona.

Tabor, sí. Pero un Tabor con el sello indeleble de la desesperación. El, siempre tan pulcro y atildado, no parecía haber prestado gran atención a su indumentaria. Y tenía también los cabellos en desorden.

—Deseo hablar con usted a solas, McKray—dijo el recién venido, con voz ronca.

Roller indicó que les dejaran solos.

—McKray—dijo Tabor, tan pronto la puerta se hubo cerrado tras Savage—, si esto sigue voy a verme en la ruina.

El otro se encogió de hombros.

—No le pido a usted por mí—continuó el vencido—, sino por mi mujer... ¡Por mi hijo!

—Oiga, Tabor—dijo entonces Roller—

—Cuando usted me tuvo el pie encima, no me tuvo consideraciones. No olvide mi lema... Para el amigo todas las gentilezas, pero al enemigo, hay que aplastarle sin piedad...

Y levantándose de su silla, se dirigió a donde tenía el fumador para buscar una cerilla con que encender el cigarro, que se le apagará. Cuando se volvió, en la mano de Tabor había una pistola.

—Ni para eso va a tener usted valor—manifestó tranquilamente McKray al tiempo que se acercaba al desesperado Tabor.

En los ojos de éste brilló una ráfaga de locura:

—¡Le juro que no me faltará en este trance!—gritó al tiempo que intentaba llevarse la pistola a la sien.

Pero un brusco ademán de Roller le dejó sin arma.

—¡Pero no en mi oficina!—advirtió éste con rudeza, al tiempo que retiraba el cargador.

Tabor se echó a llorar como un niño.

Era lo peor que podía hacer para con-

quistarse las simpatías de McKray. Este odiaba a los cobardes que pretenden solucionar las situaciones extremas de la manera violenta indicada por Tabor, pero odiaba aun más a los hombres que lloraban. Sobre este particular tenía un criterio cerrado.

—¡Váyase!—ordenó al gimiente financiero y desviando la vista por no verle en tan lamentable estado de desaliento—. ¡Váyase de aquí!

Tabor dirigió una postrera mirada al retraído rostro de Roller. Comprendió que decididamente éste le negaba ayuda, lo cual equivalía a la ruina. Y Tabor jamás había conocido el fracaso.

Con decisión se dirigió a la puerta, mas antes de abrir, casi gritó:

—¡Bien, McKray! ¡Yo le juro que sabré demostrarle que tengo valor!

Y en efecto, poco después, el alarido de la mecanógrafa, advertía a Roller que Tabor había tenido el valor necesario para llevar a cabo su última cobardía: la de abandonar la vida sin preocuparse de cómo

quedaban su mujer e hijo, por los que fuera a implorar.

Tabor se había precipitado desde la ventana del rascacielos, pese a los esfuerzos de Savage por contenerle en su criminal intento.

Una semana más tarde, el mayordomo de los Tabor se asombraba ante el nombre que le diera aquel rudo visitante, que no se quitaba el sombrero al entrar en una casa extraña.

Roller McKray destocó su cabeza al sentarse en el cómodo sillón donde el criado le dijera que esperase. No estaba mal, no, aquella casa... Y la escalera aparecía bien alfombrada...

Pero, ¡tate!... ¡Vaya un chico simpático el que bajaba por aquella! ¡Con lo que a él le gustaban los muchachos! Uno de sus principales deseos para cuando se casara era el de poder disfrutar de lindos chicos... así de la estampa del que aparecía ante sus ojos cargado con algo que debería ser una grúa de juguete.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó, cuando lo tuvo cerca.

—Richard—respondió el pequeño, luego que hubo mirado si el preguntón era lo suficiente simpático para merecer ser contestado—. Richard Tabor.

¡Diablo!, pensó Roller. ¿De manera que tan hermoso chico era hijo de ella?

—Muy bien—declaró al pequeño—. Yo soy Roller McKray. Y a ti te llamaré simplemente Richard. ¿Qué te pasa?

—Se me ha estropeado esto. ¿Usted sabe arreglarlo?

—Vamos a ver.

¿No había de saber Roller? Si su mayor diversión era aquella la de jugar con los pequeños.

—¿Sabe usted?—manifestó el pequeño Tabor cuando vió que el desperfecto iba por vías de quedar reparado—. Me gusta usted, Roller. Y me gusta porque sabe arreglar mis juguetes.

—¿Deseaba usted hablar conmigo, señor McKray?—preguntó en aquel momento una voz de mujer.

Roller casi se avergonzó de ser visto de aquella manera por Anne.

Pero ella apenas si le prestó atención. Dirigiéndose a Richard, ordenó:



...me gusta porque sabe arreglar mis juguetes.

—Anda ve y sube a tu habitación, hijo mío.

Y cuando el muchacho se hubo ido, añadió dirigiéndose al visitante:

—Cuando usted quiera, señor McKray.

Este entró detrás de ella en el delicioso salón, y llegó a distinguir una figura de hombre que huía por otra puerta. Aunque apenas pudo verla, Roller reconoció a Jack, el amigo incondicional del difunto Tabor.

—Usted dirá—dijo ella.

McKray era poco ducho en cosas de sociedad, pero no dejó de advertir que Anne no le había ofrecido asiento. Y cada vez más aquella mujer le gustaba.

—Señora Tabor—dijo él, un tanto torpe—, he venido a ofrecerle a usted mi amistad y mi ayuda...

Ella le miró de pies a cabeza. Roller pensó que estaba muy bella.

—Espero desenvolverme sin ninguna de las dos cosas, señor.

—Me parece que en esta ocasión todo será poco. Yo quiero ser su amigo...

—Y yo no necesito su amistad, señor McKray—terminó ella—. Mi criado le enseñará la salida. Y le agradeceré se olvide del camino de esta casa.

Roller se inclinó en silencio. Decidida-

mente aquella mujer le gustaba y le gustaba de veras. Tenía que conquistar su amistad.

De pronto, ya en el umbral, se detuvo. ¡Diablo! Casi se le iba a olvidar el principal motivo de su venida.

—Usted no debe saber—dijo volviéndose hacia la orgullosa dama—que estoy en mi casa, ¿verdad? Sí, la compré ayer. Y se la regalo. Yo le regalo su casa...

Se dirigió hacia la puerta del salón. Estaba satisfecho, orgulloso de sí mismo. Por fin había visto vacilar el orgullo de aquella mujer que tanto le gustaba. Decididamente, estaba satisfecho.

Al salir del salón, sus ojos se posaron en la escalera donde viera al chiquillo. Y el recuerdo le trajo un poco de ternura. Era guapo el chiquillo. Se volvió hacia la sorprendida dama.

—Yo quiero ser su amigo—replicó—. No quiero ocultarle que había venido con la intención de hacerla llorar... Pero he variado de pensar.

Y con la mayor sencillez, se dirigió ha-

cia el sillón donde dejara el sombrero y abandonó la casa.

Sólo cuando desapareció de su vista, recobróse Anne Tabor. No hubiera podido decir ella misma lo que le había pasado. Estaba segura de que había sido la rabia que la dominara por la audacia de aquel advenedizo, que se permitía hacerle una caridad a ella, a ella... Algo en su interior la decía que obraba mal, pero a pesar de de ello se precipitó hacia donde quedara la escritura de venta de la casa y avanzó hacia la puerta del salón para devolverla a aquel mal educado.

Pero ya no estaba. Y Anne quedó en la puerta recordando las palabras del advenedizo. Quería ser su amigo... ¡Su amigo!

Jack la sacó de aquella especie de ensueño.

—El mismo se ha puesto en nuestras manos... Roller puede darnos, inconscientemente, un medio para encumbrarnos tanto como nos hemos hundido.

Y como Anne fuera a iniciar un gesto

de protesta, como negándose, el amigo del muerto advirtió:

—No olvide el lema de McKray: Para el amigo todas las gentilezas, pero al enemigo hay que aplastarlo sin piedad...

* * *

No podía decirse, verdaderamente, que Roller hubiese ganado mucho por lo que se refería a Anne, pero en cuanto a Richard era cosa innegable que no sabía pasarse sin el tío Roller, como él lo llamaba.

Claro está que McKray desconocía verdaderamente que Anne Tabor no pudiese verle y no sabía que las sonrisas que a veces le prodigaba no eran otra cosa que las normas que se seguían de acuerdo con el plan trazado con Jack.

En efecto, éste con paciencia de monje,

esperaba el momento oportuno en que le sería dable vengarse de Roller, de la ruina que le ocasionara su magnífica jugada en la Bolsa. Y más que otra cosa ese afán era el que le obligaba a violentar los deseos de Anne—en contra de su deseo de apartarse de McKray—y la incitaba a que aumentara la intimidad que comenzaba a haber entre Roller y ella.

Richard pasaba su mayor parte del tiempo libre en casa del *Ho* Roller y en verdad que éste no le inculcaba las mejores lecciones de buena crianza.

Cierta noche, al regresar McKray y Richard a casa de Anne, luego de relatar el niño lo que se había divertido y lo que pensaba disfrutar en una próxima fiesta que iba a tener lugar al día siguiente en el barrio donde naciera Roller y a cuya fiesta les invitara Andy Cairns, un viejo amigo de aquél, McKray obsequió a la madre con una preciosa sarta de perlas.

Y es que Roller llevaba aquel día determinadas intenciones.

Anne contempló un rato el valioso regalo del hombre cuya ruina buscaba. No

había olvidado ella su antiguo deseo de burlarse del advenedizo y como compren-



...no le inculcaba las mejores lecciones de buena crianza.

día que se acercaba el momento en que podría burlarse mucho más, se permitió una ligera alusión a lo pretérito.

—En otro tiempo, Roller—dijo, mientras contemplaba las perlas—, no se lo hubiera aceptado. Pero ahora es diferente...



—Al amigo hay que tenerle todas las gentilezas...

Hizo una pausa. Le miró y dijo con segunda intención:

—Al amigo hay que tenerle todas las gentilezas... pero al enemigo debe aplastársele sin piedad.

Sonrió McKray. Le halagaba el que ella recordara el lema que fuera su norte y guía.

—Así era como pensaba yo antes—murmuró.

Y reponiéndose, rogó:

—La música comienza a gustarme, al revés de antes... No entendía nada. Debe ser porque la toca usted... ¿Quiere seguir haciéndolo?

—¿Cómo pago a sus perlas?—sonrió ella.

Sus dedos ágiles se deslizaron por el teclado.

Roller pensaba que Anne estaba aquella noche más linda que nunca, más atractiva... Luego la música. No supo cómo, pero de pronto, recobróse teniendo entre sus brazos a Anne que ya no tocaba.

Ella reía. Era una risa argentina, burlesca.

El repitió:

—La amo, Anne. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Y la mujer rió más que nunca.

—¿Casarme yo con usted? Tiene gracia...



—La amo, Anne. ¿Quiere usted casarse conmigo?

La carcajada truncóse. Roller comenzaba a adivinar que ella había jugado con

él como un ratón. Y en un arrebato, la besó larga y apasionadamente. Y, ¡cosa rara!, Anne dejóse besar.

Luego se separaron. Anne le miraba severa.

El explicó:

—La he amado siempre, Anne. Desde el primer día que la vi. Y soñaba con que fuera mía.

Ya hacía rato que él se fuera, y aun la madre de Richard parecía sentir el fuego de los labios de Roller sobre los suyos. Aquello era el fin.

Jack juntó las manos dando una pequeña palmada. En su rostro se reflejaba el más profundo disgusto.

—Es inútil, Jack. No quiero volver a verle—repitió Anne.

El hombre se encogió de hombros.

—Es lástima. Si usted hubiera resistido

más, seguramente habríamos llegado a saber algo.

Anne no llegó a contestar y eso que lo iba a hacer mordazmente.

Richard acababa de aparecer en el saloncillo cargado con un vagón de su tren.

—Mamá—dijo—; yo quiero que venga tío Roller para que me arregle ese vagón.

Anne hasta llegó a sentirse molesta con su hijo. ¿De qué modo sabía hacerse querer aquel hombre que todo el mundo deseaba estar a su lado... hasta ella, a pesar de lo ocurrido?

—Ese caballero no volverá ya más por aquí—respondió.

—¿Qué lástima!—se lamentó el chiquillo—. Así Andy no va a poder regalarme un vagón para el tren como me prometía...

Jack aguzó los oídos. No ignoraba que Andy Cairns era el mejor amigo de Roller McKray.

—¿Andy Cairns?—preguntó.

Anne también se sentía interesada.

—Sí—respondió Richard—. Tío Roller va a hacerle millonario, haciendo que su-

ban a quinientos las "United Motors"... El tío Roller empleará en ello hasta su último centavo. Y esta tarde había yo de ir a una fiesta.

Jack sonrió triunfante. ¡Aquella era la oportunidad por tanto tiempo deseada!

Miró a la mujer de su amigo con los ojos brillantes de júbilo.

—Anne... ¡Ahora podremos aplastar a ese viejo zorro! Si podemos esperar que no ponga los pies en su oficina hasta que cierre la Bolsa, le habremos vencido.

—Y yo quería ir a la fiesta—se lamentó el pequeño, firme en su idea.

—Es preciso que vaya—ordenó Jack, ya en plan de mando—. Y usted con él, Anne. Esta vez venceremos.

—¿De veras, mamá?—preguntó Richard que sólo a medias comprendía lo que Jack y su madre hablaban—. ¡Oh, y qué contento va a ponerse tío Roller!

Corrió al teléfono y poco después toda la casa se llenaba de sus gritos:

—¿Es que no va a venir a buscarme, tío Roller?... Sí, hombre, sí... ¿No ha de

querer? Si hasta mamá viene con nosotros...

—¡Oh, mamá!—dijo el chiquillo riendo y al tiempo que colgaba el aparato—. Si hubieses oído qué grito ha dado de alegría... Dice que está aquí en seguida...

—No olvide, Anne...—advirtió Jack—. Para el amigo todas las gentilezas, pero al enemigo hay que aplastarle sin piedad.

* * *

Anne comenzaba a encontrar divertido el ambiente en que se movía. Era algo desconocido para ella. Y advertía también que en aquel barrio humilde Roller McKray era el ídolo adorado. Todo el mundo se sentía orgulloso de poder estrecharle la mano.

Comenzaba a comprender por qué Richard quería tanto a aquel hombre rudo. Era que, en realidad, Roller no venía a ser otra cosa que un chiquillo, un chiquillo grande.

Y Anne comenzaba a aprender otras muchas cosas sobre Roller que la hacían avergonzar de la traición que realizaba.

No olvidaba que mientras la diversión seguía, en Wall Street y de acuerdo con el plan que ella tramara con Jack, se estaban dando los mazazos que iban a hacer venir al suelo el poderío de Roller.

Jack en aquellos instantes, al frente del grupo contrario, debería estar atacando sin piedad...

—Me parece que debiéramos ya marcharnos, Roller—pidió en un arranque de arrepentimiento.

—No, Anne. Todavía quedan muchas cosas que ver para el pequeño...—dijo él bonachonamente.

Y entretanto, Andy, orgulloso de tener en su mesa al gran McKray y al propio tiempo recordando todo lo bueno que ha-

bia hecho para el barrio obrero, aparte de lo que en aquel instante debía estarse fraguando para hacerle a él, precisamente, un



Jack en aquellos instantes...

millonario, dejaba escapar su gratitud en un torrente de palabras que hicieron en este voto ferviente:

—...Y brindemos, compañeros, por que nuestro querido Roller venga a vernos el

año que viene ya casado con la mujer que tanto quiere.

Anne se ruborizó porque no le cupo duda de que todos la estaban mirando a ella. Ya antes había habido orra alusión.

Y aun Richard completó su confusión al dirigirse a Roller diciendo:

—Oiga, tío Roller. Yo quiero que deje usted de ser mi tío para ser mi papáito...

Y todos rieron, rieron, mientras allá en Wall Street...

—Bien, Savage, bien—decía Roller, tratando de dominar su amargura—. Ya está hecho. Mis rivales han sabido aprovechar perfectamente mi tarde de asueto.

—Dicen—apuntó el compañero fiel—, que la jugada ha sido inspirada por una mujer.

—Pues eso más tengo que agradecerle al feminismo. Y a propósito, ¿estoy completamente arruinado?

—Le quedan a usted unos diez mil dólares.

—Entonces, devuelva usted cinco mil a Andy Cairas y dígame al pobre viejo lo que ha pasado.

Camino de la casa de Anne, McKray reflexionaba. Reía con amargura al recordar ahora las palabras de ella: "Recuerde—le había dicho—que yo no tengo la culpa de nada..." ¿De manera que era de Anne el golpe? Y Roller no sabía qué le dolía más: si la pérdida de su posición o el que ella le hubiese engañado.

Al entrar en casa de Tabor, vió a Jack que salía...

—Le felicito a usted, amigo. Ahora es usted el que triunfa—dijo Roller.

—Supongo—manifestó el otro— que esto le quitará definitivamente de Wall Street.

—Se equivoca por completo. Aun tengo que darles mucha guerra.

Y le volvió la espalda.

La escena con Anne fué más penosa. El con voz triste se despedía, porque sabía que le era necesario marcharse para volver a comenzar. Y aquella despedida era para siempre.

Y cuando él ya se iba, la voz vibrante y extraña de ella le detuvo:

—Roller McKray...

El se volvió...

Y como un torrente, arrastrando toda suerte de convencionalismos, venciendo al orgullo necio, Anne declaró:

—Yo... yo... yo no quiero que usted se vaya, Roller...

Y no se fué.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Libros, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas, por Virginia Vall.
2. Madre pecadora, por Irene Rich.
3. Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol.
4. La Lusa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster.
5. La mujer de Satán, por Marcela Albani y Jack Trevor.
6. Jimmy, el misterioso, por William Haines y Leila Hyams.
7. Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastián, Pat O'Malley y Harry Murray.
8. Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor.
9. Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.
10. Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.
11. En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.
12. Honrarás a tu madre, por Mary Carr.
13. Nobleza baturra, por Ina Alcázar.
14. Su Majestad El Amor, por Harry Liedtke, Edda Croy.
15. Amor simpatía, por René Adoré, Thomas Meighan.
16. Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.
17. Ana contra el mundo, por Shirley Mason y Jack Mower.
18. La hermana blanca, por Lillian Gish y Ronald Colman.
19. De mujer a mujer, por Betty Compson y Clive Brook.
20. Mujeres frías, por Bárbara La Marr y Ramón Navarro.
21. No me olvides, por Besale Love y Garth Hughes.
22. El caballero del amor, por Eleanor Boardman y John Gilbert.
23. Estrellas fugaces, por Anne Benson, Brian Aherne, Donald Crisp, etc.
24. Tobillos de oro, por Sue Carol, Marjorie White, El Brendel, Jack Mulhall, Richard Keene, etc.
25. En nombre de la amistad, por George Lewis, Andrés de Siquiera, Juana Acaña, Juan Camellán, etc.
26. El prisionero de Zenda, por Alice Terry, Bárbara La Marr, Ramón Navarro, Lewis Stone, etc.
27. Sendas traicioneras, por Lila Lee, Robert Ames, Montague Love, Eadya Chasman, etc.
28. El príncipe Strava, por Harry Liedtke y Eva Evi.
29. Fútbol, amor y toros, por Blanquita Rodríguez y Ricardo Núñez.
30. Hombres peligrosos, por Warner Baxter, Catherine Owen Dale, Hal Hopper, Claude Allister, etc.
31. Sed de cariño, por Leonore Ulric, Charles Blackford, etc.
32. Luna de miel, por Harold Paulsen, Margot Linda, etc.
33. Shari (la hechicera oriental), por Victor M. Layton, etc.
34. El príncipe de los diamantes, por Allen Pringle, etc.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

El éxito cumbre del año

Biografía novelada

del idolo de la pantalla sonora

José Mojica

Tercera edición, agotándose

El precio de un beso

por JOSÉ MOJICA

(Segunda edición agotándose)

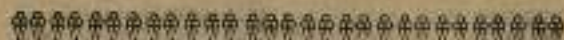
y

Ladrón de amor

por JOSÉ MOJICA

(Cuya segunda edición está en prensa)

¡El éxito del año!



Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerda y pide siempre estos títulos:

La Novela Semanal Cinematográfica (25 cts. Aparece los miércoles)

La Novela Cinematográfica del Hogar (30 cts. Aparece los martes)

Los grandes Films Mudos y Sonoros (30 cts. Aparece los jueves)

Ediciones Especiales (1 peseta)

Los últimos éxitos publicados:

El precio de un beso

Del mismo barro

Cuatro de infantería

Olimpia

Monsieur Sans-Gêne

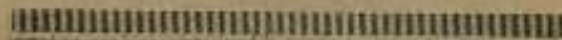
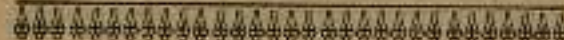
Sombras de gloria

M A M B A

Ladrón de amor

En breve:

M O L L Y



Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA

Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal

de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece los miércoles

publicando noveladas, las mejores obras de teatro

Precio: 30 cts.





Grandioso éxito de la nueva colección

ESTRELLAS DEL AMOR

Biografías noveladas de las grandes amadoras
de la Historia

- Número 1: **LA DU BARRY**
• 2: **MESALINA**
• 3: **LUCRECIA BORGIA**
• 4: **FRINÉ**
• 5: **CATALINA II**

Los dos últimos éxitos de

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

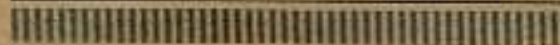
La Vida, el Deseo y la Víctima

(Novela. 5 pesetas)

Ediciones ADÁN Y EVA

El loco de la masía

(Obra teatral 1'50 pesetas)



Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono: 18551
BARCELONA